

CUADERNOS
DE HORIZONTE

Naturalezas

RALPH WALDO EMERSON

EDICIÓN Y PRÓLOGO
DE CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

TRADUCCIÓN DE SALVADOR SEDILES
Y CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 9

© de la edición y el prólogo: Carlos Muñoz Gutiérrez

© de la traducción de *Naturaleza*: Salvador Sediles

© de la traducción de *El método de la naturaleza*: Carlos Muñoz Gutiérrez

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, S. L. U., 2023

Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre, 2016

Segunda edición, primera en este formato: marzo, 2023

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com

info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-17594-98-5

THEMA: QDTN, RGC | Depósito Legal: M-4707-2023

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Naturalezas

EL VIRGILIO AMERICANO.

Una introducción ... 9

NATURALEZA ... 41

EL MÉTODO DE
LA NATURALEZA ... 105

EL VIRGILIO AMERICANO.

Una introducción

La relativa actualidad de Emerson en España, sin ser algo sorprendente o inusitado, no deja de ser extraña, teniendo en cuenta tanto su figura intelectual y literaria como la idiosincrasia de la cultura y del mercado editorial español. Sin ser Emerson un pensador de referencia o que haya superado a sus fuentes, Platón, Kant, idealismo alemán, Nietzsche o el pensamiento oriental, tampoco resulta un poeta excepcional, como otros autores de su generación como Walt Whitman, y ni siquiera posee un pensamiento político de la eficacia de la generación precedente, los Padres de la Patria norteamericana; resulta, entonces pertinente, cuando menos, iniciar una reflexión sobre esta actualidad que podemos presenciar apoyada en las numerosas ediciones que al español se están vertiendo en los últimos años.¹ Si quisiéramos calificar la figura intelectual de Emerson, tras rastrear sus muy diversos escritos, podríamos decir que es fundamentalmente un moralista. Pero un moralista que asume el peligroso papel de transmitir opinión en una situación histórica muy concreta, los albores de los Estados Unidos de América. A lo largo de artículos, conferencias y sermones, fundamentados en una

9

1 Ya en 1946, tras el impacto que supusieron las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, Henry Miller, en un prólogo a *Life without Principle* de Henry David Thoreau, declara que la influencia de Thoreau y de su maestro Emerson, así como de Whitman, está viva y activa y les reivindica, aunque con tristeza constata que «como pueblo, nosotros hicimos una elección diferente», al justo camino que estos autores mostraron, porque —añade Miller— «seguimos ignorando su sabiduría». Miller explica la vigencia de estos pensadores «solo porque la verdad y la sabiduría son inalterables y tienen que prevalecer».

escrupulosa escritura autobiográfica que vierte en sus *Diarios* y ornamentada en sus poemas, Emerson pretende dirigir a sus conciudadanos a lo largo de un camino por hacer que una nueva nación ha emprendido apenas cincuenta años antes. ¿Hacia dónde dirigimos desde un origen virgen? Es la pregunta que en el fondo de sus escritos parece expresar la intención de alguien a quien las circunstancias de su vida le llevan a la posibilidad de hablar a los demás que conforman o que van a conformar un pueblo. ¿Cómo relacionarnos entre nosotros, estadounidenses, con nuestra tierra y con la patria? ¿Adónde y a quiénes hay que atender para que nos ayude en este comienzo? Alrededor de esta responsabilidad autoasumida por algunos de los pioneros americanos se va a edificar una novedosa figura intelectual que no es la que se ha dado en Europa ni en otras partes del mundo. Emerson, como anteriormente Thomas Jefferson o Benjamin Franklin o John Adams, parece tener en mente, ante una gran ocasión, la obligación de tomar el camino adecuado, empezar con buen pie, un proyecto esbozado en la Constitución Norteamericana.

Bajo estos supuestos es por lo que denomino a Emerson moralista, un creador de opinión de su época para un proyecto de futuro. ¿No presenta similitudes la situación española, europea quizá, cuando tras siglos de historia parece que hemos llegado a la necesidad de un punto final para recomenzar desde cero, borrar un pasado, e inventar nuevas prácticas, nuevas instituciones, nuevas formas de relación entre las personas, con la naturaleza, con una diversidad cultural cuya presencia ya no podemos dejar de atender? ¿Quién nos dará las

pautas y guiará en este nuevo comienzo? ¿Quién tiene ideas nuevas y desinteresadas? ¿Quién puede proporcionar directrices para el nuevo mundo posible que cada cual imagina y nadie es capaz de concretar?

En el fin de las ideologías, en la evidencia de un sistema que se alimenta de sus contradicciones, en la constatación de una naturaleza que languidece ante nuestra acción, en un mundo global dirigido por el riesgo que nos amenaza cada vez más con catástrofes impredecibles, parece que requerimos de un nuevo saber. Un saber que aliente y nos frene a la vez, que localice una línea sagrada inquebrantable en un fundamento firme, pero que sea lo suficientemente mundano para orientarnos en la vida cotidiana de cada uno de los hombres, de los estados y sus gobiernos. Un saber que busque la eternidad perdida ante el cambio tecnológico, ante la contingencia de lo particular, ante la finitud que marca la historia. Emerson encarna, para su tiempo, un saber de este tipo, que la nueva nación norteamericana necesitaba. Y es esta figura, *the scholar*, la que también parece requerir nuestro tiempo. Alguien que sin una teoría sistemática ofrezca directrices concretas, alguien que sabe urdir un hilo entre saberes para hacerlos depender de un proyecto universal, un pensador capaz de llegar a cualquiera y de hacerle mejor. Porque la tarea del moralista no es más que esa, hacernos mejores. ¿Mejores que qué o que quién? ¿Mejores en relación con qué valor? El moralista es, en el fondo, aquel que es capaz de unir a todos alrededor de un valor. Y tan antiguo como el propio Aristóteles el valor deseado debe ser el objeto de la acción. ¿Qué queremos? Evidentemente ser felices. En comprender la complejidad de los vínculos y rela-

ciones, en atender a la felicidad del otro y en articular una acción duradera, radica el pensamiento de Emerson y de los *scholars* norteamericanos, y por eso hoy estos pensadores, creo, tienen una actualidad y nos sirven de referencia porque no son ideólogos de nada, ni científicos especializados en algo, ni teóricos políticos que delimiten férreamente un orden de Estado, sino que, para cada caso, buscan soluciones concretas. De ahí el éxito de las escuelas americanas en los tiempos europeos que corren, desde los Padres Fundadores a los trascendentalistas y de éstos al pragmatismo más cercano. Lejos, y a menudo en contra, de la tradición europea, sin alzar la voz, han conseguido hacerse oír y han influido sin que nos hayamos dado cuenta en el curso de una historia que está por continuar.

THE SCHOLAR AMERICANO

Sin pretender entrar en la clásica polémica historiográfica sobre quién hace la historia, es curioso que hoy, muchas voces, reclaman figuras que puedan liderar el cambio histórico, como lo pretendió en su momento Lenin. Sin duda, los momentos históricos son situaciones en las que intervienen tal cantidad de variables, que hace imposible abordar una solución a este debate sobre si la historia es el producto de muchos, o si los grandes hombres son elementos claves y necesarios para la transformación histórica de los pueblos, aunque hay un hecho innegable en el fondo de esta reflexión y es que los hechos humanos son realizados por actores humanos. ¿Alguien habría inventado la democracia si no lo hubiera hecho Pericles? ¿Qué habría sido del

Imperio Romano sin César? ¿Cómo sería la historia europea si no hubieran existido Napoleón o Hitler? Estas preguntas contrafácticas, que tanto gustan a los especuladores historicistas, están, naturalmente, fuera de lugar. Pero, cuando los caprichos de esta misma historia producen una situación donde es evidente que algo está por comenzar, donde el origen es principio, preguntarse qué clase de historia se quiere hacer, que es lo mismo que preguntarse por qué tipo de estado o de pueblo se quiere crear, parece una reflexión imprescindible, y no es lo mismo quiénes sean los que se pregunten, o quiénes sean los que inicien la acción tras una respuesta. En estos momentos, tan claros y significados como el nacimiento de los Estados de Unidos de América tras la revolución de las trece colonias británicas de América del Norte (Declaración de Independencia del 4 de Julio 1776), y comparativamente con otros procesos revolucionarios que se desencadenarán posteriormente, es indudable que acudir a los nombres de aquellos que pensaron y lideraron este proceso es historiográficamente significativo. Y si no es significativo apelar a los nombres de John Adams, Benjamin Franklin, Alexander Hamilton, John Jay, Thomas Jefferson, James Madison o George Washington,² es decir, los Padres Fundadores, tal vez lo sea mucho más investigar el tipo de saber que generaron para que los Estados Unidos de Norteamérica iniciara un camino propio y en la historia mundial.

13

2 El historiador Richard B. Morris en 1973 identificó las siete figuras siguientes como los Padres Fundadores clave. Cfr. Richard B. Morris, *Seven Who Shaped Our Destiny: The Founding Fathers as Revolutionaries*. New York: Harper & Row, 1973.

Hannah Arendt en su admirable trabajo *Sobre la Revolución*³ (que todos los políticos o aspirantes a políticos profesionales deberían leer o, mejor, estudiar), indaga y compara los procesos revolucionarios que durante el siglo XVIII van a determinar el proceso histórico de Occidente. Partiendo de un hecho fundamental como fue el éxito de la Revolución Americana frente al fracaso de la Revolución Francesa y de todas las que en el Viejo Continente vendrán a producirse a partir de ella, analiza las razones a partir de los datos históricos, que quizá ahora no sean de nuestro interés, pero también a partir de las referencias teóricas que los Padres Fundadores tuvieron a la hora de constituir el Estado Norteamericano. Es indudable que la Revolución Americana es el resultado de un poder constituido ya en las colonias, un poder que emanaba del pueblo, pero el problema fundamental que tuvieron que afrontar los Padres Fundadores, como también lo tuvieron que hacer los franceses y no consiguieron, era cómo conservar ese poder a lo largo del tiempo, cómo proyectar al futuro el proyecto constitucional que ellos iniciaban, cómo hacer de los Estados Unidos de América algo perdurable para las generaciones siguientes. En el contexto de la Ilustración, de la que todos los *hommes de lettres* —como los denomina Arendt—, y bajo esta denominación podemos incluir a los tenues teóricos americanos, los Padre Fundadores tuvieron el gran acierto de mirar a la antigua Roma para llevar a cabo su empresa de fundar la autoridad del poder popular en el acto constitucional que dará lugar a los Estados Unidos de América.

3 Arendt, Hannah, *On revolution*, 1963. Traducción de Pedro Bravo en Alianza editorial, Madrid, 1988.

Como señala Arendt, que la interpretación del espíritu romano por parte de los hombres de la Revolución fuera el factor decisivo en el éxito de la independencia se constata en que estos hombres adoptaron ellos mismos el nombre de Padres Fundadores, no por arrogancia o por sabiduría, sino porque «se habían propuesto de modo consciente imitar el ejemplo y el espíritu romanos».⁴ Y es que, o eran fundadores y, por tanto terminarían siendo antecesores como los senadores romanos, o su fracaso sería semejante al de la Revolución francesa unos años después.

Sin detenernos en los aspectos de por qué Roma proporcionó la clave del éxito revolucionario americano, lo que es evidente es que aquellos hombres que afrontaron la responsabilidad de sostener intelectual y políticamente el acto fundacional tenían muy claro lo que querían producir y, sobre todo, que aquello que querían producir perdurara en el tiempo para las generaciones futuras y para todos aquellos que quisieran unirse al proyecto americano. Porque desde los teóricos improvisados que fueron los Padres Fundadores hasta los neopragmatistas contemporáneos hay un rasgo sobresaliente en la intelectualidad americana y es su deseo de sumar, o como tan bien lo expresó Richard Rorty: «Ampliar el círculo del nosotros». Y, lo que resulta sorprendente, como lo fuera también la autoridad que la *ley* obtuvo en el Imperio Romano, es que fuera alrededor del acto fundacional, de una Constitución susceptible de enmendarse y aumentarse, a la que se rinde aun hoy culto, lo que haya mantenido y dirigido el esplendoroso futuro del Estado norteamericano creado, como se

4 Ibid. p. 279

pensó, sumando oleadas de migraciones tan diferentes cultural y socialmente que su único vínculo sigue siendo la aceptación de la autoridad de ese acto fundacional que en 1787 puso por escrito la Convención Constitucional de Filadelfia en Pensilvania.

Pero, si esta regresión al origen, y nunca mejor dicho, porque más allá de todas las leyendas fundacionales sobre las que los pueblos se ven obligadas a erigirse como naciones, en el caso americano no es legendario, sino histórico, parece desviarnos de nuestro autor; preguntémosnos entonces qué diferencia o semejanzas podemos encontrar entre los primeros teóricos americanos y la generación que representa Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, Walt Whitman, Margaret Fuller, Amos Bronson Alcott o Louisa May Alcott con su grupo de trascendentalistas y unitarios. ¿Qué papel cumple la generación de Emerson en el proceso iniciado por Jefferson, Adams, Madison, y el resto de cabezas pensantes con los que se inicia el desarrollo de la intelectualidad americana?

Los hombres que hicieron la revolución a ambos lados del Atlántico no eran revolucionarios profesionales, y nunca imaginaron lo que de su iniciativa iba a producirse, al contrario, volviendo a la distinción de Hannah Arendt, eran *hommes de lettres*, es decir, «hombres preparados para el ejercicio del poder y que se sentían impacientes por aplicar lo que habían aprendido mediante el estudio y la reflexión».⁵ Matiza Arendt que el término de *hommes de lettres* o *philosophes* es más adecuado que el término más generalizado hoy de intelectual o de ideólogo, que designa más bien a

periodistas o escritores aliados con los media y la burocracia de los gobiernos, y que crean opinión a la vez que entretienen y distraen a las masas, con más precisión deberíamos denominarlos (al menos en nuestro país) tertulianos. La diferencia entre unos y otros no es tanto una diferencia de calidad sino, sobre todo, de actitud respecto a la sociedad de la que forman parte. Mientras los intelectuales o ideólogos se conforman y nutren a la sociedad mediante su opinión, los *hommes de lettres* son críticos y emergen desde fuera de la sociedad. Se educaron en un retiro libre y se colocaron a una distancia prudencial tanto de lo público como de lo social. Precisamente es a partir del siglo XVIII cuando emergen en rebeldía contra la sociedad y sus prejuicios. Sin ser pobres, poco a poco empezaron a utilizar su ocio en el interés de la *res publica* y de ahí su mirada a la antigüedad clásica, no por buscar la verdad o la belleza en sus obras, sino que el anhelo de libertad pública fue lo que les llevó al estudio de las instituciones donde ésta había aparecido por primera, y tal vez única, vez en la historia. Sin embargo, compartían con los pobres su oscuridad social, y no hay nada peor que esta oscuridad para la mejora personal y social. Adams lo describe con particular expresividad:

La conciencia del pobre es limpia; sin embargo, se siente avergonzado [...] Se siente apartado de los demás, andando a tientas en la oscuridad. La humanidad no se ocupa de él. Callejea y vagabundea sin que nadie se ocupe de él. En medio de la multitud, en la iglesia o en el mercado [...] se encuentra tan a oscuras como en una cueva o en un desván. No le censuran ni reprueban sus actos;

lo que ocurre es que nadie repara en él [...] Ser totalmente ignorado, y saberlo, es intolerable. Si Crusoe hubiera tenido a su disposición la biblioteca de Alejandría y la certeza de que nunca iba a ver a otro hombre, ¿habría hojeado nunca un libro? ⁶

Efectivamente, lo que significa la libertad política, lo que significó en la Atenas del siglo V a. C., fue la posibilidad de ver y ser vistos en un espacio común, la posibilidad de discutir y deliberar los asuntos comunes en una comunidad de iguales. Este era el anhelo de los Padres Fundadores y la semilla que, tras muchas reflexiones y deliberaciones, quisieron dejar en el texto y el espíritu de la Constitución. Solo así se alcanzaría una «felicidad pública», un objetivo —que preocupaba especialmente a Jefferson— que ninguna otra Constitución menciona ni procura.

18

Este anhelo de «emulación», como lo denominaría Adams, es lo que llevó a estos primeros colonos, que querían deshacerse del yugo de esclavos que imponía la Corona británica, al estudio de la teoría política y a iniciar un camino a la futura intelectualidad norteamericana. Así lo expresa de nuevo Adams, con su habitual claridad, en una carta que dirige a su esposa escrita en París en 1780:

Debo estudiar la política y el arte de la guerra para que mis hijos gocen de libertad para estudiar matemáticas y filosofía. Mis hijos deben estudiar matemáticas y filosofía, geografía, ciencias naturales e ingeniería naval, navegación, comercio y agricultura para transmitir a

⁶ Adams, John. «Discourses on Davila», *Works*, Boston, 1851, Vol. VI, p. 239-240.

sus hijos el derecho a estudiar pintura, poesía, música, arquitectura, escultura y artes decorativas.⁷

Como puede deducirse, los Padres Fundadores no eran estadistas ni deseaban una profesión en el mundo de la política (salvo Hamilton quien de alguna manera dirigió la política económica americana a partir 1861), sino que se encontraron en las circunstancias, con los medios y en la disposición de afrontar la responsabilidad de crear un país en la que sus hijos y nietos pudieran, sobre lo que pensaron que era la condición necesaria, la libertad política, vivir felizmente sus vidas. Como los clásicos, creían que eran más excelsas aquellas actividades que se desarrollan por el mero placer de saber, que las necesarias como medios para otros fines, pero para aquello era necesario esto en una naturaleza salvaje y en una civilización por hacer.

19

Aunque los británicos habían creado nueve universidades en Norteamérica, en las cuales se educarán la mayoría de los hombres de la Revolución (exceptuando a Washington y Franklin, que no tuvieron una educación formal, Jefferson lo hizo en el College of William and Mary, Madison en Princeton y John Adams, como posteriormente Emerson, en Harvard) es indudable que, a la vez que se constituyó el Estado, era fundamental crear los centros educativos que formaran a las futuras generaciones en el ideario contenido en la Constitución recién promulgada. Como después Napoleón hiciera en Francia creando las Escuelas Politécnicas para romper con la Universidades medievales que recogían el espíritu del Antiguo Régimen. Prueba de ello es que Jefferson

7 Ibid, vol. II, p. 68.

fundó en 1819 la universidad de Virginia, aunque ya la concibiera en 1800 e incluso Franklin fundará en 1740 la universidad de Pennsylvania. Sin duda, Emerson, a pesar de sus viajes por Europa en los que estableció contacto con los intelectuales y poetas europeos, ya claramente románticos, es partícipe y heredero, y terminará siendo reconocido como maestro, de esta transmisión de saber que ha de resultar fundamental para el desarrollo de los Estados Unidos. Así describe su país en *The Young American*, una conferencia leída ante la Mercantile Library Association en el Odeón de Boston en 1844.

20

No podemos tener en cuenta la libertad de este país, en relación con su juventud, sin el presentimiento de que, aquí, las leyes y las instituciones existen a una escala proporcionada a la majestad de la naturaleza. A quienes legislan para el área comprendida entre dos océanos, entre las nieves y los trópicos, la gravedad de la naturaleza les infundirá el código mismo. Con una población heterogénea cargada en barcos de todos los rincones del mundo hasta las grandes puertas de Norteamérica, es decir, Boston, Nueva York y Nueva Orleans, que se adentra en las praderas y montañas y contribuye en seguida con su pensamiento a la opinión pública, con su impuesto al tesoro y con su voto en las elecciones, no puede dudarse de que la legislación de este país será más universal y cosmopolita que la de ningún otro. Parece sencillo que América inspire y exprese el espíritu más humano y expansivo; recién nacida, libre, sana, fuerte, la tierra del trabajador, del demócrata, del filántropo, del creyente, del santo, se dirige a la raza humana. Es el país del futuro.⁸

8 Emerson, R. W., *The Young American*, 1844, cito por la edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, op. cit., p.268-269.

A pesar de todo, cincuenta años después, cuando Emerson publica la primera versión de *Nature* (1936) de forma anónima, o pronuncia *The american scholar* (1837), las cosas han cambiado significativamente. Sobre el suelo, aun movedizo, en el que los Padres Fundadores habían erigido un país y como antecesores de una tradición, Emerson, pero también los intelectuales de su generación, como Thoreau o Whitman, tienen que cumplir una misión diferente para que la cadena de la naciente cultura norteamericana no se diluya en el caos de la historia. ¿Son Emerson y sus compañeros trascendentalistas, Thoreau y Whitman, especialmente, *hommes de lettres* o intelectuales? Aparentemente y según el caso, parece evidente que estos autores conformaron un tejido crítico con mayor o menor radicalidad respecto al curso que su sociedad había tomado desde la independencia. Thoreau apartándose y reclamando una vida natural alejada de la civilización, Whitman, como el propio Emerson aconsejaba, escribiendo para el hombre común, alabando la democracia y la libertad y, como un ariete, embistiendo contra los valores puritanos que tan arraigados estaban (y siguen estando) en el mundo anglosajón. El caso de Emerson, reconocido en la tradición americana como el Maestro, es más sutil y singular, aun cuando la crítica es permanente y la dirige a todos los ámbitos tanto sociales, culturales, políticos, religiosos o científicos, entre las líneas de sus discursos y conferencias se adivina una clara intención ideológica que le vincula directamente con el proyecto fundacional de los Padres de la Patria. Como Virgilio con la Roma de Augusto, Emerson asume la responsabilidad de difundir un cuerpo ideológico que va desde las buenas

costumbres hasta los más altos valores democráticos. Sí, podría decirse que Emerson es el Virgilio americano. El ideólogo de los valores que los Padres Fundadores imprimieron en el acto constitucional que por encima de todo pusieron como fundamento de la vida social la libertad política. Como ellos, y transcurrido ya medio siglo, Emerson se encuentra con los mismos problemas que acuciaron a Adams, Madison o Jefferson: en qué fundar la autoridad, cómo edificar una tradición, cómo crear una cultura nueva en el suelo fértil y salvaje de un país por hacer. Emerson fue un *homme de lettres*, un filósofo asistemático y un tanto manipulador de la tradición europea, un regular poeta que quería ponerse a la altura de los tiempos del romanticismo; pero sobre todo fue, como decíamos, el moralista que ofreció a sus conciudadanos modelos de vida y elementos teóricos en los que legitimarlos. Particularmente, a partir del comentario de dos de sus discursos más famosos, queremos destacar aquí los que creemos fueron sus objetivos fundamentales como ideólogo de una Norteamérica naciente: la intención de construir una intelectualidad norteamericana, al igual que Whitman se propuso crear una poesía norteamericana, y la permanente búsqueda de un absoluto legitimador del modo de vida americano. Como Jefferson cuando invoca en la Declaración de Independencia «las leyes naturales y al Dios de la naturaleza», Emerson localiza en la naturaleza el absoluto legitimador de todo el sistema político y social, pero también del modo de vida entre los hombres y de su relación con la tierra fértil y salvaje norteamericana. Emerson necesita reforzar la obediencia a la autoridad que la Constitución americana contiene, manteniendo

un régimen de libertad pública, mediante la implantación de un proceso educativo que forme a los ciudadanos y mediante una reflexión teórica en donde pueda legitimar en un absoluto tal obediencia. La naturaleza se convierte así en el foco de su reflexión como ideólogo y de justificación de su crítica como *homme de lettres*.

En el mensaje que representa su *The American Scholar*, discurso pronunciado ante la Phi Beta Kappa Society en Cambridge, Massachusetts el 31 de Agosto de 1837, para los jóvenes que deben conformar el círculo del nuevo saber norteamericano, los nuevos maestros y creadores de opinión pública para la sociedad, estos objetivos quedan claramente delimitados. Primero aprender de la naturaleza el fundamento del saber, segundo, conservar y transmitir la tradición, elemento clave de toda cultura que se quiera perpetuar, y, tercero, que pensar y actuar debe ser la misma cosa, que el intelectual piensa para actuar en el marco de su sociedad, como vemos que hicieron los Padres Fundadores.

Emerson define al intelectual (*scholar*), al intelectual profesional ante la imparable división social del trabajo, como «la inteligencia delgada. En el estado verdadero sería el hombre que piensa. En el estado degenerado, víctima de la sociedad, tiende a ser un mero pensador o, aún peor, el loro del pensamiento de otros hombres.

Toda la teoría de su oficio se encuentra en esta perspectiva del *escolar* como hombre que piensa. La naturaleza le solicita, placenteramente, todas sus imágenes ejemplares. El pasado le instruye. El futuro le invita».⁹

9 Emerson, R. W., *The American Scholar*, 1837, cito por la edición de Javier Alcoriza y Antonio Lastra en *Naturaleza y otros escritos de juventud*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2008, p. 93.

¿No estaría Emerson de acuerdo con la distinción que hemos visto que establece Arendt entre *homme de lettres* e intelectual? ¿No será que Arendt la toma del propio Emerson? Esta distinción no es original, ya se estableció en Grecia entre filósofos y sofistas, pero en los discursos, aparentemente tan diversos y variados, tan, a primera vista, poco estructurados y, en ocasiones, parecieran hasta contradictorios, se transparenta esa firme y decidida intención de ser el relevista clave en la cadena de la creación y transmisión de una tradición. Por eso recomienda a los jóvenes que quieran iniciar una carrera teórica que aprendan de los libros, porque «los libros son el mejor ejemplo de influencia del pasado, y tal vez sepamos la verdad —y conozcamos la extensión de su influencia de un modo más adecuado— al considerar su valor».¹⁰ Pero, ¡cuidado! No nos convirtamos en «ratas de biblioteca», el hombre que piensa no idolatra al libro, sino que, en cada época, lo pone «en relación con la naturaleza y la constitución humana». El libro debe ser el escalón a partir del cual el hombre que piensa debe crear algo nuevo para el futuro que lo aguarde. El hombre que piensa no es un mero teórico, sino que debe pensar para la acción. «El verdadero *escolar* lamenta cada oportunidad de acción que deja pasar como una pérdida de poder».¹¹ Además no olvidemos que los libros, para el caso, procedían principalmente de la tradición europea. Emerson, aun cuando reconoce lo sagrado que los libros contienen, al menos los libros que son el resultado de un acto de creación, pone todo

10 Ibid. p. 95.

11 Ibid. p. 100.

el empeño en solicitar una verdadera cultura americana que rompa con la tradición de la vieja Europa.

Señor presidente, caballeros, esta confianza en el poder inexplorado del hombre pertenece por todos los motivos, por todas las profecías, por toda la preparación, al escolar americano. Ya hemos oído bastante a las musas cortesanas de Europa.¹²

Las musas de Europa que inspiran lo remoto, lo romántico, lo que se hace en Italia o Arabia, no sirven ya. La cultura que defiende Emerson, como la poesía que quiere Whitman, es la cultura de lo común, de lo familiar, de lo interior, porque la libertad política lo que trae a los hombres es su visibilidad, y en eso que ya había expresado Adams, debe edificarse la nueva cultura americana.

25

La principal desgracia del mundo es la de no ser una unidad, no ser tenido en cuenta como carácter, no recoger el fruto peculiar que cada hombre ha sido creado para dar, y ser contado en el montón, entre cientos, o miles, en el grupo, en la sección a la que pertenecemos, y que nuestra opinión se prediga geográficamente, del norte o del sur. Nada de eso, hermanos, y amigos, gracias a Dios, nosotros no. Andamos con nuestros pies, trabajamos con nuestras manos, decimos lo que pensamos.¹³

¿No reflejan estas líneas el sentimiento que hemos recogido de los Padres Fundadores? Y, sin embargo, como ellos, Emerson sabe que decir lo que pensamos,

12 Ibid. p. 112.

13 Ibid. p. 112.

decir lo que cualquiera puede pensar, es peligroso. Ya Platón nos advirtió de los riesgos de la libertad y de la democracia. ¿No fue Sócrates víctima de ella? Algo que hoy está tan de moda y que quizá se tergiversa y mal entiende: el populismo como lo contrario de pensar por uno mismo. Emerson, cincuenta años después, es muy consciente del peligro de la libertad política y, sin embargo, es el valor irrenunciable. La cultura americana que Emerson pretende difundir en *The American Scholar*, aquella que se deduce de los valores constitucionales, debe fundarse en algo único y sagrado, en algo verdadero y divino. Absoluto que solo puede encontrarse en la Naturaleza. «Por primera vez habrá una nación de hombres, porque cada uno se creará inspirado por el alma divina que inspira a todos los demás».¹⁴

RALPH WALDO EMERSON

Ralph Waldo Emerson nació en Boston, Massachusetts, el 25 de mayo de 1803. Hijo de Ruth Haskins y William Emerson, un ministro unitario. El padre era un pastor unitarista que murió por un cáncer de estómago casi dos semanas antes que Emerson cumpliera ocho años, dejando a su familia en una absoluta pobreza, de la que salieron aceptando la caridad y admitiendo huéspedes. Fue criado por su madre, con la ayuda de su tía Mary Moody Emerson, que tuvo gran influencia en Ralph. Vivió algunas temporadas con la familia y mantuvo con Emerson una constante correspondencia hasta su muerte en 1863. Su madre se las arregló para que todos sus hijos pudieran ser admitidos en la Universidad

14 Ibid.

de Harvard con becas, y allí fue a parar Ralph Waldo cuando contaba catorce años.

En la universidad empezó su famoso *Diario*, una antología y centón de pasajes que le sorprendían o admiraban en sus lecturas con sus correspondientes comentarios que terminó alcanzando los 182 volúmenes y que sería la base de donde extraería sus obras posteriores, desde sus sermones hasta sus conferencias y ensayos. Tras obtener su título con un expediente académico mucho más discreto que los de sus hermanos, ayudó a su hermano William en una escuela de señoritas que había establecido en la casa de su madre. Cuando su hermano William partió a Gotinga para hacer estudios de teología, Emerson asumió la dirección de la escuela, lo que aseguró su manutención largos años y le dejó tiempo suficiente para estudiar teología en la Harvard Divinity School y convertirse asimismo en pastor unitario en 1829.

Emerson fue invitado por la Second Church (Iglesia de corte unitario) para servir de pastor junior e ingresó en la orden el 11 de enero de 1829. Fue también capellán de la legislatura en Massachusetts y miembro del comité de la escuela de Boston. Estas actividades lo mantuvieron ocupado, a pesar de que en este período, enfrentando la cercana muerte de su esposa, comenzó a dudar de sus propias creencias. Sus desacuerdos con la Iglesia oficial sobre la administración del servicio de la Comunión y por las sospechas sobre los rezos públicos, lo llevaron a su dimisión en 1832 tras un conflicto con los dirigentes de esta iglesia. Su *Discurso a la Facultad de Teología* que pronunció ante los licenciados de esta facultad en 1838 expresa con rotundidad su

posición religiosa frente a la institución. Este discurso le valió ser vetado de las instituciones académicas por más de treinta años.

Entre 1832 y 1833 hizo un largo viaje por Europa. Pasó varios meses en Italia, visitando Roma, Florencia y Venecia, entre otras ciudades. Estando en Roma, se encontró con John Stuart Mill, quien le dio una carta de recomendación para conocer a Thomas Carlyle.

En París visitó el «Jardin des Plantes», Museo de Historia Natural y allí se vio realmente conmovido por la organización de las plantas de acuerdo con el sistema de clasificación de Jussieu, y por la forma en que todos los objetos estaban relacionados y conectados.

En Inglaterra, conoció a William Wordsworth, Samuel Taylor Coleridge y Thomas Carlyle. Carlyle, en particular, ejerció una gran influencia sobre Emerson, quien sería más tarde —aunque de manera no oficial— su agente literario en los Estados Unidos. Los dos mantenían correspondencia hasta la muerte de Carlyle en 1881.

De regreso a los Estados Unidos, el 9 de octubre de 1833, Emerson se instaló con su madre en Newton, Massachusetts, para vivir con su abuelo, el doctor Ezra Ripley, en una casa que sería llamada más tarde The Old Manse. Viendo el crecimiento del movimiento del *Lyceum*, que daba conferencias sobre todo tipo de temas, Emerson creyó en la posibilidad de una carrera como conferenciante. El 5 de noviembre de 1833, dio la que sería la primera de más de mil quinientas conferencias, discutiendo *los Usos de la Historia Natural en Boston*. En esta conferencia, sentó las bases de sus más importantes creencias e ideas que más tarde desarrollaría en su primer ensayo publicado, *Naturaleza*.